

Estudios clásicos y fotografía aérea

Jaime LITVAK KING

Hay dos clases de disciplinas. Una de ellas estudia un tema que es, por definición, universal. Lo estudia en todos sus momentos y en todos los lugares en que pueden haber ocurrido fenómenos que se agrupan en ese rubro. En esta categoría están campos como las matemáticas, la física, la filosofía, la lingüística y muchos más. Para manejarlos, el profesional tiene que conocer su tema y las circunstancias en que éste se da; esa necesidad lo convierte al mismo tiempo en universalista y particularista, en un estudiante no sólo del fenómeno general sino de cómo se manifiesta en cada una de las veces en que es relevante a un caso específico.

El otro tipo de disciplinas se plantea, al principio, en forma totalmente distinta. Los que estudian estos campos tratan de un caso limitado en el tiempo y en el espacio. La cultura maya, la revolución francesa, las lenguas indoeuropeas, la economía del tercer mundo, son sólo algunos ejemplos muy claros. El estudiante de estos campos no está ajustado al límite de una sola disciplina, aunque crea que puede hacerlo, estudia lo que ocurrió en una época determinada, en un lugar específico y esto, al mismo tiempo que lo limita, lo amplía porque lo que haya ocurrido en un momento dado no es sólo lo que le interesa principalmente al investigador sino que está dado por muchos otros elementos, que ven otras ciencias, y que son tan importantes para el tema como el objetivo principal del estudioso. No se puede, si se quiere hacer bien, estudiar la literatura de una época sin conocer y referirse a la situación social, política y militar de

ella. No se puede hacer la historia de un país o de una región sin tomar en cuenta la cultura de los distintos grupos que estuvieron involucrados en ella, y muchas cosas más.

Pero muchas de las investigaciones que se hacen están limitadas y al mismo tiempo ampliadas por el material que manejan. Es obvio que no se puede hacer un estudio de la literatura religiosa de la Edad Media sin saber su historia, su literatura —lo que implica el conocimiento de la lingüística—, su filosofía y su religión. No se puede hacer un estudio válido de la ideología de la Revolución sin tomar en cuenta los conflictos armados en que se vio involucrada y esto supone conocer la organización militar de la época y su armamento. Si a esto agregamos que épocas y lugares en el mundo están insuficientemente documentados: se han perdido muchos documentos y partes enteras de la vida están poco o nada cubiertos por lo que tenemos de ellos, las disciplinas que se dedican a estudiarlos tienen que conocer muchos aspectos para tener sentido y explicar bien su materia.

Los estudios clásicos en esta categoría. No sólo porque su definición así lo apunta: los estudios clásicos estudian el mundo clásico, sino porque el campo que pretenden abarcar es tan complejo y tan interrelacionado en sus componentes que sólo de esa manera se puede entender: resultados del pensamiento de grandes hombres; historia de hechos militares, civiles y religiosos; la primera vez que el mundo conocido se entremezcla en el contrato de gente de muy distintas tradiciones culturales, en un producto diferente a los aspectos parciales que lo forman; un medio ambiente tan diversificado que va desde el calor del desierto de África hasta el frío del norte de Europa. Todo en fragmentos incompletos e insuficientes, cada uno por sí mismo para explicar un todo sin el cual quedan descontextuadas sus partes.

Eso convierte a los estudios clásicos en un campo de interdisciplina y eso define a los auxiliares mucho más allá de los que se usan normalmente: filosofía, literatura, historia e historia del arte. Esa situación lleva al uso y a la integración de otras disciplinas que también tocan al mundo clásico.

Una de esas ciencias es la arqueología. Tan antigua en su preocupación por el mundo clásico que esta actividad constituye uno de sus orígenes. Desde antes de llamarse así o de sistematizarse como un *corpus* diferente, se ha preocupado de los logros de las culturas del mediterráneo. De hecho, no es posible pensar en un concepto de estudios clásico que no incluya a Schliemann, arqueólogo, y Troya, y a Winckelmann, arqueólogo, y Pompeya. Eso la hace parte de la disciplina general y hace que los que la practican tengan que tomar en cuenta sus hallazgos y opiniones.

La arqueología de hoy es muy distinta de la que hicieron nuestros ancestros. No sólo está más sistematizada, con datos obtenidos en forma más cuidadosa y metódica y con un manejo de su evidencia que permite su verificación y su medida, sino que se fija en aspectos de la cultura que antes no eran tomados en cuenta, y sus resultados, por consiguiente, son más relevantes y útiles. Trabajos como los de Finlay sobre la esclavitud o la situación de las mujeres en el mundo clásico, o los de Morrison sobre la navegación, son fuentes normales para los clasicistas, al grado de que se olvida que fueron producto primario de investigación arqueológica.

Sin embargo, quizá la parte más importante de la contribución de la arqueología a los estudios clásicos la den las disciplinas que dan a la arqueología esa visión material, comprobable y medible que la caracteriza hoy. Sus sistemas de fechamiento, que permiten lograr secuencias firmes y bien apoyadas, su análisis de materiales, que estudia la procedencia de objetos que viajaron por comercio o conquista y el manejo estadístico de sus datos que permite verificar su confiabilidad, son algunos de muchos aspectos que aportan a los estudios clásicos.

Una de esas técnicas, la fotointerpretación, es especialmente valiosa. Se trata de estudiar, de fotos tomadas desde el aire, algunos aspectos del mundo clásico que no dan necesariamente las fuentes tradicionales.

Muchas de las actividades humanas dejan huellas en el paisaje: las construcciones, de habitación y ceremoniales, los

caminos, el cultivo y otras muchas, suponen una modificación del medio ambiente, y éstas, desde una foto aérea, se notan con bastante facilidad. Muchas de las que formaban parte del mundo antiguo han dejado huellas que, dadas las técnicas adecuadas, pueden reconocerse aún hoy.

No se trata sólo de las ruinas. Sería demasiado fácil el asunto. Hay elementos como la presencia de cultivos, terrazas, agujeros, etcétera, que se pueden notar hoy porque no son parte del paisaje natural ni de la forma en que el mundo moderno lo modifica. Incluso muchos de los fenómenos que se pueden ver en una foto aérea no son observables en tierra, muchas veces porque la altura de la observación no es suficiente o porque se pierden con otras formas sin notarse la diferencia.

Estos elementos, desde la foto aérea, no sólo pueden observarse, sino conocer su orientación, medirse y compararse con otros similares. Muchas veces retienen elementos que permiten conocer cómo se fueron modificando a través del tiempo y con ellos se logran datos muy completos sobre la traza de los asentamientos, la forma en que se han dispuesto sus espacios y su uso, las vías de comunicación entre sí, los dispositivos de defensa, las tecnologías de abastecimiento y de manejo de puertos y la relación entre las zonas que ocupaban distintos grupos de la sociedad.

A esto hay que agregar lo que este examen puede dar sobre las maneras de disponer de los muertos, las formas de llevar a cabo rituales y la posibilidad de hacer reconstrucciones teóricas de edificios y monumentos, y se tiene un arma de primera importancia para entender el ambiente que vivían los habitantes de sitios que participaron en el mundo clásico. En realidad, el estudio de las fotos aéreas da mucho más, ya que proporciona una manera muy completa de entender la relación entre la sociedad que estudiamos y el medio ambiente natural y cultural en que vivía, cómo lo usaba, cómo lo modificaba y cómo ese elemento limitaba e impulsaba el desarrollo de la cultura.

La foto aérea es hoy un material fácilmente accesible. Hay archivos muy grandes hechos con ese propósito o como

resultado de los miles de vuelos de reconocimiento llevados a cabo en guerra y que muestran aspectos muy diversos: algunas, como las tomas en espectro fotográfico pancromático, son pistas para lo que se ve; otras, como las que se hacen en infrarrojo, muestran zonas de distinta humedad. Tenemos fotos desde distintos ángulos, desde las oblicuas que permiten, por medio de las sombras, distinguir estructuras; hasta verticales que permiten una medición muy precisa y, cuando varias se traslapan, observarlas en tercera dimensión. Las hay a distintas escalas, desde tomas bajas hasta las que se obtienen de los satélites artificiales y que permiten estudiar una región entera.

No son difíciles de obtener. Están en muchas instituciones y la computadora nos permite hoy llegar a ellas desde nuestro cuarto de trabajo. Ni siquiera son demasiado caras.

Las técnicas que permiten su estudio no son ni difíciles ni inaccesibles; cualquier departamento de arqueología o de geografía cuenta con el equipo y el personal entrenado para ayudar a los interesados. Disciplinas como los estudios clásicos, que se pueden beneficiar grandemente de conocerlas y usarlas, son siempre bienvenidas a ellas.

Los estamos esperando.

